

15 céntimos el número



Año I.

Barcelona 25 Junio de 1892

Núm. 4.º

ADMINISTRACIÓN. — ESPASA Y COMP.ª, EDITORES. — CORTES, 221 Y 223



¡NO TE ASUSTES!

CUADRO DE FEDERICO MORGAN

SUMARIO

Texto. — Crónica, por C. — San Pedro me valga, por ANTONIO DE TRUEBA. — Salvador Martínez Cubells, por TEODORO BARÓ. — La casa paterna, traducción de C. VIDAL DE VALENCIANO. — Nuestros grabados. — La pregunta de la niña (poesía), por DIONISIO SOLÍS. — SECCIÓN CIENTÍFICA: La lluvia, por E. DE MIER. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Acertijo. — Charada. — Advertencias.

Grabados. — ¡No te asustes! cuadro de FEDERICO MORGAN. — Salvador Martínez Cubells, retrato por don FEDERICO DE MADRAZO. — La taberna, cuadro de SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS. — La ida al torneo, cuadro de SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS. — Todo por el arte, novela viva (continuación), por APELES MESTRES.

Crónica

Las noticias de Uganda (África) refieren las tristes peripecias de la guerra religiosa allí encendida entre protestantes y católicos.

Msaji, jefe de los católicos, llegó á rechazar cinco veces á los protestantes, bajo los muros del fuerte de Campola; pero los protestantes hicieron uso de las ametralladoras suministradas por los ingleses, y los católicos fueron destrozados. Los que sobrevivieron, acosados por los vencedores hasta las márgenes del lago Victoria, tuvieron que echarse al agua y perecieron ahogados de cinco á seis mil.

Estos hechos han provocado reclamaciones por parte de Francia y Bélgica, organizadoras de las misiones católicas en aquellas regiones. Interpelado sobre ello lord Salisbury, no ha vacilado en declarar que si los agentes del gobierno se hubiesen hecho culpables de las violencias y excesos que se refieren, no vacilaría en condenar severamente su conducta; pero tratándose de oficiales ingleses era preciso oírles antes de castigarles.

Mientras se practican las informaciones, no quedará rastro de influencia católica en aquel país, que es lo que se trata de demostrar. Los ingleses quieren que aquello sea colonia de la Gran Bretaña, y empiezan estableciendo el protestantismo, por medio de los fusiles y de las ametralladoras.

* *

En París se ha celebrado recientemente un gran meeting público y contradictorio, organizado por la liga llamada *socialista anticlerical*. Un católico, M. De Clercq, que tomó por lo serio lo de la *contradicción*, se levantó á hablar, y esta fué la señal de un espantoso tumulto. Gritos, cantos, silbidos, amenazas ahogaron la voz del orador, que así entienden la contradicción para con los demás los que todo lo contradicen, menos la anarquía. Sólo cuando los liguistas se cansaron de gritar y aullar la *carmagnole*, se pudieron oír algunas migajas de discursos revolucionarios del género más subido.

A fuerza de pulmones, el presidente consiguió que se votase una orden del día censurando «los manejos clericales de León XIII.»

Esta censura no puede haber dejado de causar profunda impresión en el Vaticano!

Así discuten en los meetings contradictorios los vociferadores de libertad.

* *

Mientras se daba este ejemplo de tolerancia en la unión que acabamos de hablar, el radicalismo secundaba

el procedimiento en la Cámara legislativa, vomitando sapos y culebras contra los sindicatos católicos de patrones del Norte de Francia, que van tomando gran desarrollo. Lo que irrita principalmente á los radicales, es que los obreros que trabajan libremente para estos sindicatos se inscriben libremente también en las cofradías y emplean parte de sus horas de descanso en ejercicios religiosos.

Esto ha escandalizado á la mayoría de la Cámara, y el ministro de Cultos, M. Ricard, á pesar de las protestas elocuentes de algunos diputados de la derecha, ha prometido hacer respetar las leyes contra las asociaciones religiosas, es decir, ha prometido la persecución.

Sin embargo, la cosa no debe ser tan hacedera, porque el diputado M. Poucheville ha retado al ministro á que detenga el movimiento católico de los obreros del Norte, y el ministro calló.

Del debate resulta que los obreros secundan ya espontáneamente en aquella región el pensamiento de los patrones, y han fundado una asociación piadosa con el título de *Nuestra Señora de la Fábrica*, que va tomando grande extensión, y en la que los asociados se comprometen á cumplir con sus deberes de católicos.

He aquí el camino de la verdadera emancipación del obrero, y no el que conduce á precipitarle atado de pies y manos en poder de conspiradores y ambiciosos, que merman sus salarios y roban de su corazón las esperanzas que hacen llevadera la vida del pobre y sin las cuales también es triste la del rico.

Consúltese la historia del trabajo y se verá que nunca el obrero disfrutó de tanta dignidad y bienestar como en la época en que fué verdaderamente cristiano.

* *

El *Diario de Sanlúcar* da los siguientes informes acerca del viaje de S. M. la Reina Regente á Andalucía, con ocasión del centenario del descubrimiento de América.

S. M. se embarcará en Sevilla con dirección á Huelva. La escuadrilla la esperará en el fondeadero de Bonanza y la escuadra de instrucción la hará los honores de ordenanza en la desembocadura del Guadalquivir y la acompañará hasta Huelva.

Si la duquesa de Montpensier se encuentra á la sazón en Sanlúcar, es probable que la Reina desembarque en este punto para hacerla una visita é invitarla á que la acompañe, siempre que el estado de su salud se lo consienta.

Si estos detalles del itinerario regio se sabían en Madrid, es extraño que hayan venido por conducto de Sanlúcar; pero para los andaluces no hay nada imposible.

Cabe que estén enterados de cómo piensa S. M. hacer el viaje antes de que lo haya pensado.

* *

Son curiosos y por todo extremo instructivos los telegramas que durante las últimas agitaciones obreras han salido de Barcelona para enterar al mundo de lo que aquí pasaba. Su lectura, por mucho que haya sorprendido á extranjeros y nacionales, más ha sorprendido á los que hemos sido testigos de los sucesos, que cada centro político ó socialista ha disfrazado á su gusto al expedirlos por los hilos telegráficos.

Mientras que unos partes negaban toda importancia al movimiento, otros tendían á hacer creer que en la ciudad y el llano ardía la sedición y se vivía sobre un volcán.

Verbigracia, un telegrama de *La Dépêche* del día 11, decía textualmente:

«La situación se agrava.

»Numerosos grupos de huelguistas recorren las calles.

»Las mujeres, en actitud tumultuosa, se distinguen por su exaltación.

»Los obreros han atacado la casa de un abogado y la de varios patronos.

»La guardia civil ha desenvainado los sables, pero ha sido rechazada.

»Los amotinados disparan sobre los guardias civiles y libertan á sus compañeros presos...

»Pánico indescriptible, todas las puertas cerradas, etc.»

El Figaro, que por lo visto sigue contratado por los bajistas, emplea también las frases y el estilo de los grandes días de revolución, ó de las grandes supercherías, y no falta en sus telegramas aquello de «la situación se agrava,» «el movimiento va extendiéndose,» «la huelga se generaliza.»

Pero nada que acredite más la ligereza y la ausencia de todo escrúpulo, que el siguiente parte de dicho diario, que merece copiarse íntegro:

«San Sebastián 11 de Junio.

«A pesar de haberse proclamado el estado de sitio, los huelguistas se hallan cada vez más sobreexcitados. Hoy han atacado los conventos de los canónigos disidentes, que se han visto obligados á huir disfrazados. Las tropas han impedido á los huelguistas el hacer descarrilar un tren que llevaba dos fugitivos. Se esperan refuerzos.»

Para esos filibusteros de pluma, no hay nada sagrado de sus boulevares para fuera, y lo mismo es San Sebastián y Calahorra que Barcelona. Lo de los conventos de canónigos atacados por los huelguistas es de lo más bufo que hemos leído, y acredita los puntos que calzan en el conocimiento de los países vecinos.

En Barcelona han ocurrido escenas, que seguramente no debieran haber tenido lugar; pero dejamos á nuestros lectores considerar si hay diferencia de lo vivo á lo pintado en tales telegramas.

No valía la pena de haber disciplinado la electricidad, para verla monopolizada por la mentira. Porque la verdad es que el telégrafo es el noticiero más sin vergüenza de los tiempos modernos.

* * *

Los valores públicos han oscilado mucho en estos días, sin suceso ninguno que explique sus veleidades.

Hay quien cree que la Bolsa tiene su lógica, pero los que presumen de entenderla más no se escapan de hacer silogismos falsos y de dejar en ella la piel.

Las mismas grandes potencias financieras tienen que andarse con mucho tiento al tratar con ella, porque si es verdad que ordinariamente se alimenta de peces chicos, hay que desconfiar de sus fauces, capaces de tragarse de un bocado la fortuna de una nación.

Es fama que la entienden mejor los hombres de olfato que los hombres de talento, pero con frecuencia se ve á los perdigueros más finos dejarse coger como perros.

Como que la Bolsa representa el azar, que es el *Deus absconditus* de todos los que quieren enriquecerse de repente.

C.

San Pedro me valga

I

PERICO reventaba de gozo cuando tomó la licencia militar, y con ella colocada en un reluciente canuto de hojalata, que pendía de una ancha cinta de seda de color de fuego, tomó el camino de su tierra.

Pero el gozo se le cayó en el pozo cuando en el camino se puso á pensar, primero, que por mucho que escatimase el dinero que llevaba, no le alcanzaría para el viaje, y segundo, que después de andar siete años de viga derecha, tendría que doblar el espinazo sobre la tierra de pan llevar así que llegase á su pueblo. Sin embargo, después de lanzar un «¡San Pedro me valga, qué trabajillos voy á pasar en la vida de paisano después de pasar tantos años en la de soldado!» se tranquilizó y recobró su alegría pensando en Juanilla, que era una chica de su pueblo que le miraba con buenos ojos cuando fué á coger el chopo, y esperaba su vuelta hacia siete años, resistiendo la violencia del bruto de su padre, que quería casarla con otro porque el otro era más rico que Perico.

Así en el pueblo como en el regimiento era Perico conocido con el apodo de San Pedro me valga, porque esta frase era la muletilla obligada de su conversación, como una blasfemia ó una necedad es la de las tres cuartas partes de los españoles del sexo feo, sin excluir, por supuesto, á los que blasonan de señoritos ó señorones bien educados. Y no se crea por esto que Perico fuese un hombre como Dios manda en punto á creencias y prácticas religiosas, porque desgraciadamente en este punto no tenía el diablo por donde desecharle.

Cuando allá por el año 1868 cayó quinto, Perico rezaba, oía misa todos los días de precepto, se confesaba una vez al año, y, por supuesto, creía en Dios y los santos á pie juntillas, sin pasarle siquiera por el pensamiento la bestialidad de que habiéndonos dado Dios en esta vida luz suficiente para escoger entre el bien y el mal, ha de tratar en la otra del mismo modo á los que escogieron el mal que á los que escogieron el bien; pero así que, poco después, corrió la voz en periódicos y libros y discursos de que no había Dios, y hasta se dijo en el Congreso de Diputados, y hasta el Gobierno convino en que, en efecto, no le había, Perico, por mal nombre San Pedro me valga, como se añadía al nombrarle en una sumaria que se formó con motivo de una cachetina que él y otro soldado armaron sobre si había Dios ó dejaba de haberle; Perico, repito, dió por completo crédito á aquella voz, y no volvió á rezar, ni á oír misa, ni á confesarse, si bien no abandonó su antigua muletilla de ¡San Pedro me valga!

Tal como acabo de pintarle era Perico cuando tomó la licencia y emprendió la vuelta á su pueblo pensando en muchas cosas, y sobre todo en su leal Juanilla, que esperaba su vuelta hacia siete años.

II

El santo portero del cielo encomendó un día el cuidado de la portería á uno de sus amigos de más confianza, que creo que fuese San Pablo, y entró á hablar al Señor de un asunto que al parecer le interesaba mucho.

El Señor le recibió con mucha benevolencia y le preguntó qué se le ofrecía.

—Señor, contestó San Pedro, vengo á hablarle á Vuestra Majestad en favor de un pobre diablo á quien, en conciencia, debo proteger, y estoy muy agradecido, porque, si bien es un majadero que ha dado crédito á la voz, casi oficial, que ha corrido en España de que no hay Dios ni Santa María, siempre se está acordando de mí y hasta invocando mi protección con la frase ¡San Pedro me valga! tan repetida, que con ella por apodo se le conoce en todas partes.

—Ya sabes, amado Pedro, cuánto te he estimado siempre, pues apenas dejaste la barca para seguirme, sané á tu suegra de una grave enfermedad que la tenía en peligro de muerte.

—Mucho, Señor, agradecí á V. M. aquello, por más que malas lenguas hayan dicho que si negué después á V. M., fué porque estaba resentido de aquel favor.

—Yo nunca he creído tales hablillas del vulgo.

—El vulgo, Señor, es necio, como dijo Lope de Vega, y bestia, como dijo Ruiz de Alarcón.

—Amado Pedro; algo de exageración hay en las calificaciones del vulgo, ó pueblo como ahora se le llama, olvidando que, como dijo don Alonso el Sabio, pueblo es el conjunto de todos los ciudadanos, grandes y chicos. Al vulgo hay que juzgarle por el fondo, y no por la forma de lo que piensa y dice. Así es que cuando en sus narraciones habla de entidades y cosas santas, materializándolas y discutiéndolas en forma vulgar y apropiada á entidades y cosas viles, no hay en ello profanación ni impiedad, porque el fondo es elevado, respetuoso y bueno, y la forma la única de que el pueblo puede valerse. Pero volviendo á tu protegido, dime, amado Pedro, ¿qué es lo que deseas para él?

—Deseo, Señor, que me conceda V. M. facultades para proporcionarle algún medio por el cual pueda hacer méritos para que se le perdonen los pecados y se salve.

—Concedidas tienes esas facultades, amado Pedro, y dejo á tu discreción el medio que te parezca más adecuado para salvar á ese pobre pecador.

San Pedro dió las gracias al Señor por lo que acababa de concederle, y descendiendo á la tierra, le salió al licenciado al camino.

—Buenos días, amigo Perico, dijo al licenciado con mucha benevolencia.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico, encantado de la amabilidad y el aspecto venerable de aquel anciano. Muy buenas las tenga usted, abuelito; ¿está usted bueno?

—Bueno, á Dios gracias.

—¿Y la parienta, y...?

—Por lo visto, ¿no me conoces, amigo Perico?

—Es verdad, abuelito, que no tengo esa honra.

—Pues yo soy San Pedro.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico apresurándose á quitarse la gorrilla de cuartel y arrodillándose á los pies del santo Apóstol, que con mucho amor le hizo levantarse y ponerse la gorra, porque el camino estaba hecho un barrizal y corría un grís de lo fino.

—Antes de todo, hijo mío, te diré que veo con satisfacción que no eres tan malo como parecía, pues si no creyeras en Dios, tampoco creerías en los santos.

—No haga usted caso, señor, de aquellas tonterías que á uno se le metieron en la cabeza.

—Pero, hombre, ¿es posible que tú creyeras que no había Dios?

—Ya ve usted: como en las Cortes mismas y hasta por los del Gobierno se dijo que no le había, ¿qué había de hacer un pobre soldado como yo al oír hombres tan sabios,

sino creerlos ó matarlos? La verdad es que yo no estaba muy seguro de que no le hubiera, y prueba de ello es que no dejé ni un solo día de andar á cada paso con ¡San Pedro me valga! ¡Por vida del santo de mi nombre!

—Pues has de saber, hijo, que á eso vas á deber el no condenarte, aunque, como dijo el otro, lo decías maquinalmente. De todos modos, muchos méritos tienes que hacer para que Dios te perdone todos tus pecados y te salves.

—¿Y cómo, señor, me he de componer para hacerlos?

—Eso, amigo Perico, es cuenta tuya. Yo, todo lo que puedo hacer por tí, es proporcionarte un instrumento que á la vez pueda ser de salvación ó condenación, según el uso que tú hagas de él, pues el uso depende sólo de tu voluntad.

—¿Pongo, por ejemplo, darme un saco de onzas de oro, que, empleadas bien, pueden salvarme, lo mismo que empleadas mal pueden condenarme?

—De saco se trata, hijo, pero no es saco de onzas de oro ni Cristo que lo fundó, sino éste, que, como ves, está vacío y tiene una virtud maravillosa.

Al decir esto, San Pedro sacó de debajo de la túnica y dió al licenciado un saquito vacío, que cabía en un puño, y sin embargo, tenía elasticidad tal, que cabía en él aunque fuera una persona mayor.

—¡San Pedro me valga, qué morral tan mono! exclamó Perico al ver el saco, que tenía sus correas y todo para suspenderle á la espalda, é inmediatamente se le colocó sobre el morral en que llevaba su corto equipaje.

—Conque, dígame usted, señor, añadió, cuál es la maravillosa virtud que este morralito tiene.

—Es la virtud de la atracción. Cada vez que digas: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!» la cosa vendrá al morral inmediatamente.

—¡San Pedro me valga, qué maravilla! exclamó Perico asombrado. ¡Pues con un morral como éste bien puede uno hacer méritos para salvarse!...

—¡Y también para condenarse! interrumpió el Santo melancólicamente. ¡Tu salvación ó tu condenación depende de tu voluntad! ¡No lo olvides, hijo mío, y Dios quiera que con la llave que dejo en tus manos se te abra la puerta del cielo, y no la del infierno!

Al decir esto, San Pedro desapareció súbitamente sin que Perico supiera por dónde, y Perico continuó su camino, maravillado de la aparición y del obsequio con que el santo de su nombre le había favorecido.

III

Ni la curiosidad natural en el hombre, ni Juanilla, bastaron en muchas horas de penoso camino para distraer el pensamiento de Perico de aquella aparición y aquel obsequio, que le ocupaban por completo.

Pasando el licenciado por la calle real de un pueblo le vino de repente á las narices una deliciosa tufarada de chuletas, jamón frito, pollo asado, pan tierno, vino de Valdepeñas y otras porquerías por el estilo; y tratando de averiguar de dónde provenía aquel olor, se encontró junto al escaparate de una pastelería, lleno de toda clase de manjares.

Instintivamente echó mano al bolsillo para comprar siquiera una chuleta y un panecillo, pero se encontró con que su caudal iba ya tan mermado, que no permitía andar en fiestas con él, y se decidió á separarse de la pastelería sin comprar nada.

Separábase, en efecto, con el dolor con que se separa

la uña de la carne, y de repente le ocurrió la idea de ensayar la maravillosa virtud del morralito en algo de lo que contenía el escaparate de la pastelería, por ejemplo, en un pollo tan doradito y mantecoso que estaba diciendo comedme, en un roscón de pan candeal y en una botella de vino, que debía hacer muy buenas migas con el pollo.

Decidido á hacer este ensayo, acercóse más al escaparate, y apenas dijo: «Pollo, botella y pan candeal, ¡al morral!» las tres cosas aparecieron en el morral como por encanto.

Perico se apresuró á salir del pueblo con tan grata compañía, y tumbándose sobre la verde y olorosa hierba, en un ribazo de la orilla del camino, merendó en grande, y luego continuó su jornada tan consolado, sin ocurrírsele siquiera que el primer uso que había hecho del instrumento de salvación ó condenación, que San Pedro había puesto en su mano, había sido una picardía.

¡Esto de creer muy santo y muy bueno el llenarse la tripa á costa ajena es muy común en este pícaro mundo!

Haciendo picardías como ésta y aun mucho mayores, continuó San Pedro me valga su viaje, hasta que al fin descubrió el campanario de la iglesia de su pueblo, lo que le causó indecible alegría.

Andando, andando apresuradamente para llegar á la colina desde donde se descubría el pueblo entero, llegó á aquel sitio y exclamó:

—¡San Pedro me valga, qué hermoso me parece mi pueblo al volver á verle después de siete años de ausencia!

ANTONIO DE TRUEBA.

(Concluirá).

Salvador Martínez Cubells

CELEBRÁBASE el año 67 en Valencia, patria de tantos pintores eximios, cuya gloria los artistas nacidos en aquella hermosa tierra recuerdan en el presente siglo, una Exposición regional de Bellas Artes que fué visitada por don Federico de Madrazo, hoy decano de los pintores españoles, quien tiene el privilegio, al igual que lo tuvo don Carlos Luis de Ribera, de que su nombre sea pronunciado con respeto y gratitud por todos los artistas. Madrazo y Ribera recuerdan los apellidos de familias ilustres en la pintura, por haber contribuido poderosamente al renacimiento artístico, y sido sus individuos maestros en esta centuria de todos los pintores que guardan las tradiciones de los genios de los siglos xvi y xvii. Llamóle á Madrazo la atención un lienzo en el cual el retratado estaba presentado en actitud de pintar, obra en la que pudo apreciar á un tiempo ejecución y parecido por conocer á don Francisco Martínez, cuyo retrato contemplaba. A Martínez, nacido en Paiporta, se le llamaba y llama en Valencia el *Pastoret*, por haber sido pastor, oficio que también fué el de su padre; y como mientras apacentaba el rebaño combatía el aburrimiento haciendo cayados en los cuales tallaba con un cuchillo figuras que revelaban disposición artística, aunque no educación, sucedió que hubo personas que en sus toscas obras se fijaron y dijeron al padre que era lástima que quien tales cosas hacía no fuese enviado á Valencia á estudiar el dibujo; y el padre, que muchas veces había admirado gozoso la habilidad de su hijo, siguió el consejo, y á Valencia le envió, donde al cabo de dos años obtuvo una pensión que, á pesar de ser pequeña, le bastó para atender

á sus modestas necesidades. Aficionóse á la restauración, arte muy difícil porque exige al que lo ejerce la anulación de la propia personalidad artística para identificarse en la del pintor cuyo cuadro restaura, no sin haber estudiado antes su manera y procedimientos; arte que suprime la pincelada, porque exige que sólo se llenen los deterioros del tiempo y de la incuria, y que además reclama tanta habilidad como paciencia, cualidades que poseía Martínez. Hasta principios del siglo la restauración se hacía empleando los mismos colores al óleo que se usaban entonces, sin tener en cuenta que era más limitado el número de los que conocían y gastaban los antiguos, de lo cual resultaba que al ejercer el tiempo su acción sobre la parte restaurada, ésta aparecía con matices diferentes del original, por efecto de la natural transformación de colores metidos al restaurar que en aquél no existían. Para obviar tales inconvenientes don Juan de Ribera comenzó á restaurar en Madrid con los colores usados en los siglos xvi y xvii y no otros, sirviéndose del aguarrás y de la almáciga, procedimiento que también siguió en Valencia el señor Martínez, y que hoy es el empleado por todos los inteligentes, porque tiene condiciones de duración, permanencia de los matices y permite levantar con facilidad en todo tiempo la parte restaurada sin deterioro del original; ventajas que no ofrece la restauración por medio de la pintura al óleo. Además, como con aquel método los restauradores se ven obligados á preparar personalmente los colores al aguarrás, son muy difíciles las alteraciones debidas á la adulteración y á los procedimientos industriales que ennegrecen las pinturas.

Muchos son los cuadros salvados por Martínez de la destrucción: también se dedicó á la enseñanza, y con citar entre sus discípulos á Ferrándiz, Agrassot y Amérigo, queda dicho que su sistema era muy sólido. Preguntó Madrazo quién había pintado el retrato, y como le contestasen que el hijo de Martínez, joven que llevaba cumplidos los veintidós años, pues había nacido en Valencia el 9 de Noviembre de 1845, quiso felicitar al padre, á quien dijo que el retrato era lo mejor que había en la Exposición; palabras que Martínez oyó con alborozo por pronunciarlas persona que tan alto puesto ocupaba en el arte. Don Federico mostró deseos de dar la enhorabuena al autor, y le fué presentado un joven flacucho, barbilampiño, de ojos vivos, nariz pronunciada, labios finos y aspecto simpático, que oyó con emoción, respeto y gratitud las frases laudatorias de Madrazo, y en particular la indicación que le hizo de que fuese á su taller cuando estuviese en Madrid, invitación muy de agradecer, porque no era prodigada.

A la corte había venido por primera vez don Salvador Martínez Cubells el año de 1864, con motivo de celebrarse una Exposición de pinturas en un barracón improvisado en el local donde hoy se levanta el edificio en el que está situado el café de Fornos, que forma esquina con la calle de Alcalá y la de Peligros, y expuso dos cuadros titulados *El baile* y *Visita del novio*, que compró el marqués de Campo, por precio más en relación con la oscuridad del principiante que con la nombradía que más tarde debía adquirir su autor. Hallábase éste en Madrid sin más garantía de subsistencia que el trabajo y los pocos recursos que podía enviarle su padre, y si sus aficiones hubieran necesitado estímulo, en la necesidad lo hallaran. En Valencia había pintado varios cuadros, entre ellos dos apóstoles y dos evangelistas, que están en la iglesia de Cullera. En Madrid fué al Museo, y al

hallarse delante de las obras de los grandes maestros vió ensancharse los horizontes del arte hasta lo infinito; y comprendiendo que le quedaba mucho por estudiar, emprendió la tarea con resolución, nacida de su voluntad, y con la seguridad del éxito que le daban las enseñanzas que había recibido en el taller de su padre.

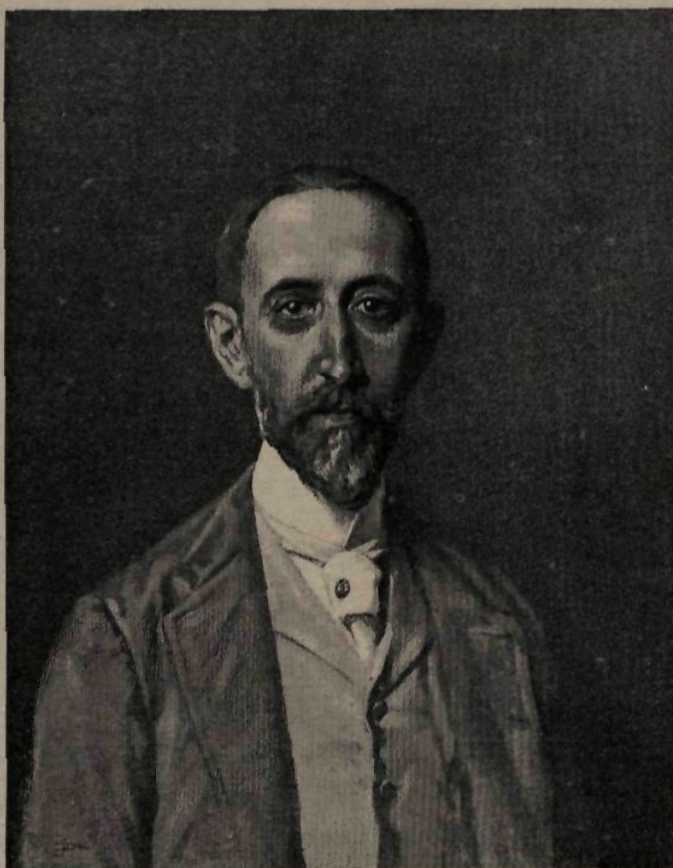
Fué en este período su existencia trabajosa y dura, y asemejóse á Ribalta, gloria de la pintura española, en que el amor impidió el decaimiento y mantuvo la esperanza. Era íntima su amistad con Muñoz Degrain, como él valenciano, como él llamado á la celebridad, como él enamorado y en situación pecuniaria parecida; y como ambos tuviesen afición extremada á la ópera, y sus recursos no fueran sobrados, en vez de gastar una peseta, que era lo que costaba la entrada á la cazuela del Teatro Real, idearon la manera de reducir el precio á la mitad. Iba uno de ellos al teatro al comenzar la función y á las diez se marchaba pidiendo la contraseña, que dejaba en sitio convenido, que era debajo de una de las puertas del teatro, donde el otro la recogía y presenciaba la segunda mitad de la función; y variando el turno cuando la obra se repetía, en dos sesiones oían la ópera entera.

Como todos los pintores noveles, durante este período pintó Cubells varios cuadros y algún retrato, mostrándose más deseoso de colocar los primeros y de hallar quién le encargase los segundos que exigente en el precio, porque en los tiempos difíciles del artista tiene más valor una peseta que mil en época de prosperidad. En aquel entonces se sacó á oposición la plaza de primer restaurador del Museo Nacional de Pinturas, dotada con 3.000 pesetas; se presentó Martínez Cubells junto con otros veintitrés opositores, y gracias á lo que había aprendido al lado de su padre obtuvo el codiciado puesto, para él tanto más ambicionado cuanto aseguraba su posición y le permitía contraer matrimonio con la mujer á quien amaba. Desde principios del 69 hasta la fecha ascienden á un centenar los cuadros del Museo que ha restaurado, entre ellos *La Virgen leyendo en su habitación*, de Van Eyck; *La Crucifixión*, de Van der Weyden; *Las fraguas de Vulcano*, de Velázquez; *La Virgen con el niño Jesús*, de Gossaert; *La Virgen del pajarito*, de Murillo; *Cristo en la cruz*, de Goya; *Los jugadores*, del mismo autor; *Nolli me tangere*, de Giulio Romano; *La Transfiguración*, de Rafael, copiada por aquel su discípulo; el *Retrato de Alberto Durerro*, hecho por el mismo autor; *La Sacra Familia*, de Anibal Caracci; dos retratos del Ti-

ziano; *El triunfo de la Religión*, *La Caridad*, *Los doctores de la Iglesia*, y *La prestación del diezmo*, de Rubens, y otros de Elsheimer, Tomás Moro, Ribera, Van Dick, Tintoreto, Andrea del Sarto, etc.

Los trabajos de un restaurador de Museo son muy apreciados por los académicos, bajo cuya dirección están, y por el director; pero como su principal mérito consiste en que cuando llegan al público desaparezcan, esto es, en que no se conozca cuál es el cuadro restaurado y el que se ha conservado intacto, la nombradía del restaurador no pasa del Museo y de la Academia, á menos que un suceso extraordinario ponga á plena luz su personalidad; y esto

le sucedió á Martínez Cubells. Fué mutilado el famoso cuadro *San Antonio*, de Murillo, que está en la catedral de Sevilla, y robada la imagen del Santo, apareciendo luego el fragmento del lienzo en Nueva York; y si bien no se tienen noticias del robo ni de cómo fué á parar el lienzo á los Estados Unidos, se sabe que se recuperó gracias á la honradez y entusiasmo artístico de un marchante. Tanta resonancia había tenido la mutilación del incomparable cuadro del gran pintor sevillano, que su restauración debía inmortalizar al que la llevase á cabo con éxito, y de España y del extranjero se hicieron hasta unas doscientas ofertas al Cabildo de Sevilla por artistas más ganosos de fama que de estipendio; pero aquél, con buen acuerdo, se dirigió á la Real Academia de San Fernando para que designase el restaurador; y la



SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

Academia, sin vacilación, nombró á Martínez Cubells, quien tomó el tren y se fué á Sevilla, donde le esperaban en la estación representantes del Cabildo y de otras corporaciones, deseosos de conocer y saludar al artista cuya importancia había patentizado la elección de la Academia. Y como terminaba la primavera y el calor se hace sentir en aquellas tierras, Martínez Cubells, á quien su modestia no le había advertido la probabilidad de que personas principales saliesen á recibirle, en mangas de camisa se había puesto, aprovechando la circunstancia de estar solo en el vagón; y á la ventanilla estaba asomado movido por curiosidad natural en el que llega por primera vez á ciudad tan importante y celebrada, cuando oyó que pronunciaban su nombre y lo repetían; y sin darse cuenta de lo que aquello significaba, se hizo presente, se puso con apresuramiento la americana, bajó del tren y se halló rodeado de los comisionados, que no debieron formar muy buen concepto de una eminencia artística que viajaba en mangas de camisa, y sin duda temieron por la obra de Murillo;

temores que aumentaron cuando, llevado á que examinase el mutilado cuadro y el fragmento, en vez de ponderar la importancia de la restauración y sus dificultades, mostró la calma del consumado artista que tiene completa seguridad en sus fuerzas y en sus medios, en vez de la impresionabilidad del aficionado ó la ponderativa locuacidad del charlatán. Fué necesario forrar el cuadro, que ya lo había sido á principios de este siglo, pero como en aquel entonces los procedimientos eran muy primitivos, habían resultado muchas bolsas, que se habían hecho desaparecer rajando el lienzo en los puntos donde estaban. Las primeras operaciones de la restauración, en particular el empleo del raspador para levantar la suciedad que había resistido á la acción del aguarrás y del alcohol, aumentaron la zozobra del Cabildo; pero cuando Martínez Cubells puso mano á la paleta y á los pinceles, desaparecieron los temores y vino el júbilo, porque la obra de Murillo renació con toda su frescura y celestial belleza y desapareció hasta el último rastro de la unión del fragmento al resto del lienzo. También restauró el cuadro de Murillo, *El bautismo de Cristo*, encerrado en un marco que está unido al de *San Antonio*; y la tarea comenzada á fines de Mayo terminó á mediados de Octubre con general satisfacción y aplauso. El Cabildo mandó acuñar una medalla de oro con la siguiente inscripción: «Al señor don Salvador Martínez Cubells, restaurador insigne del cuadro de *San Antonio*, de Murillo. El Cabildo de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla. 1875.» Además le entregó un relicario y un pergamino en el cual, en términos muy expresivos, consigna el alto concepto que el artista le merece y el esmero con que la restauración fué llevada á feliz término. El ayuntamiento le declaró hijo adoptivo de Sevilla y le regaló un reloj de oro con inscripción. Martínez Cubells no tuvo otra remuneración que el sueldo que le correspondía como restaurador del Museo de Pinturas y el abono de los gastos de fonda y ferrocarril. En 1887 le fué concedida la gran cruz de Isabel la Católica.

En la Exposición del año 67 presentó el cuadro *Los Carvajales*, que obtuvo mención honorífica y compró el conde de Pino Hermoso, para quien pintó otro cuadro de iguales dimensiones que representa un episodio del cerco de Valencia, el momento en que don Jaime el Conquistador es herido en la cabeza por una flecha. En la del 71 mereció tercera medalla por un retrato, y en la del 76 segunda medalla por otro retrato. Como le molestara ser muy citado como restaurador y poco conocido como pintor, se propuso pintar un cuadro de alto vuelo y comenzó á poner mano en el titulado *La educación del príncipe don Juan*. Cierta magnate, que á su taller fué, preguntó asombrado al ver comenzado el lienzo de quién era, y aumentó su sorpresa el saber que Cubells lo pintaba. Hízose lenguas del cuadro en varias casas aristocráticas, y sus alabanzas contribuyeron á que se le encargasen retratos, género en el que sobresale, en particular en los de hombres. *La educación del príncipe don Juan*, que hoy está en el Senado, obtuvo primera medalla en la Exposición del 78, y es por el dibujo, la composición, el color, y en particular la pincelada, de legítima casta española; y si Cubells, en vez de haberse inspirado en asunto sólo conocido de eruditos y que no tiene ninguna importancia ni trascendencia histórica, por haber malogrado la muerte las esperanzas que en el tierno hijo de los Reyes Católicos se cifraban, se hubiese fijado en tema conocido y popular, como Rosales en *El testamento de Isabel la Católica*, cuya factura la obra de Cubells recuerda,

ésta hubiera valido á su autor la popularidad que la acertada elección del asunto, unida al mérito, ha ganado á otros pintores. El 81 presentó *La vuelta del torneo* y el 84 *Guzmán el Bueno*, cuadros ambos comprados por el Estado, enviado el primero á Valencia y el segundo á Zaragoza. En la Exposición del 87 *Doña Inés de Castro* le valió otra medalla de primera clase. Además pintó en 1888 tres santos jesuitas últimamente canonizados, lienzo que tienen en Chamartin de la Rosa los padres de la Compañía de Jesús, que se lo encargaron; *La ida al torneo*, propiedad de don Manuel G. Longoria; *La pena del talión*, que posee don Anselmo González del Valle, y *Fausto y Margarita*, comprado por el conde de Casa Roja. Durante sus excursiones veraniegas ha ejecutado al vuelo algunos cuadros de caballete que dan idea exacta de las costumbres y carácter de la montañosa región del Norte, y *La taberna* es otro de los lienzos pintados en momentos de ocio. El banquero señor Lafitte posee algunas de estas obras. En San Francisco el Grande tiene la «Impresión de las llagas de San Francisco» y los evangelistas «San Lucas y San Marcos», que están en la cúpula principal y en la cúpula de la capilla de las Órdenes militares, en cuyas obras tuvo que sujetarse á la composición ideada por don Carlos Luis de Ribera. Los retratos que ha pintado pasan de trescientos, y los cuadros del Estado y de particulares que ha restaurado, de dos mil; obra inmensa que revela la laboriosidad del artista valenciano. En 6 de Julio de 1891 fué elegido académico de la de Bellas Artes de San Fernando y recibido en la sesión celebrada el 29 de Noviembre de 1891. Fué tema de su discurso «La escuela valenciana de pintura», y le contestó don Rodrigo Amador de los Ríos.

TEODORO BARÓ.

La casa paterna ⁽¹⁾

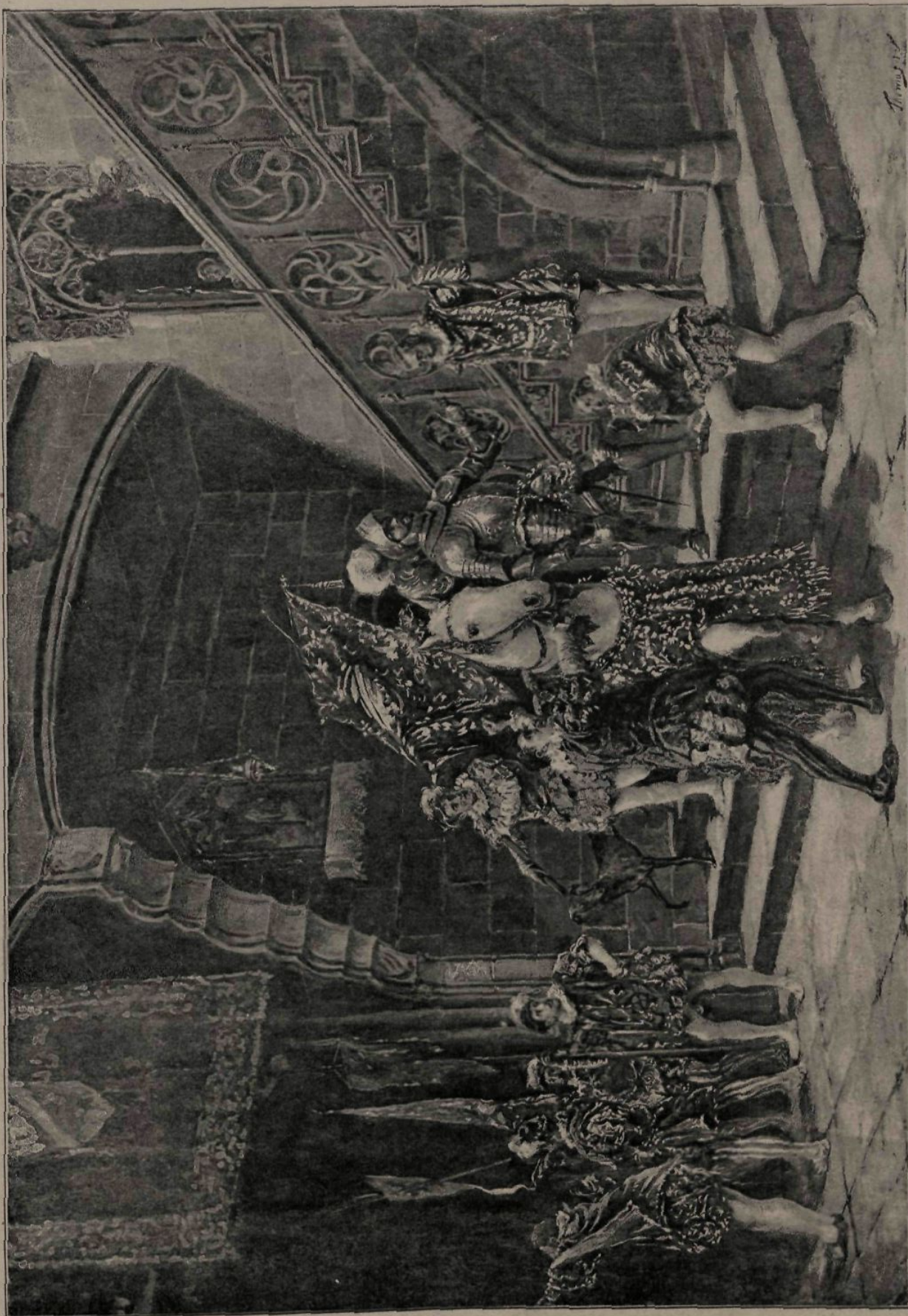
DIFERENTES veces había intentado ir á Kalmert para ver de nuevo la casa en que nací y los sitios donde se deslizaron los quince primeros años de mi existencia; pero llegado el momento de ponerlo en ejecución, sentíame sin fuerzas para ello. Se comprende: en dicha ciudad se había realizado el acontecimiento que determinó la dispersión de mi familia, y en aquella casa experimentó mi corazón la primera herida profunda de mi existencia, la muerte de mi padre, y por lo mismo, temía fundadamente que la vista de aquellos sitios produjera en mi espíritu una impresión por demás dolorosa. Esto influía en que fuera aplazando de un año á otro la realización de mi proyecto, con la firme esperanza de que en el siguiente había de hallarme con más fuerzas: así transcurrieron veinte, es decir lo mejor de la vida. Al cabo, cierta mañana del mes de Enero, como descubriera, en tanto me estaba peinando, un mechoncito de canas, que ocultaran hasta entonces mis rubias guedejas, dije para mí:—Llegó la hora.—Y aquella misma mañana tomé el tren, á fin de poder estar de regreso en Bois-le-Duc, á la caída de la tarde.—¡Veinte años! iba pensando durante el viaje, contemplándome en los cristales del coche.—La barba, la gordura y el sol de Borneo han hecho en mí tan profunda mudanza, que no habrá de seguro quién me

(1) Este fragmento, que conocemos por la traducción de Edmondo de Amicis, forma parte de las «Memorias de Guillermo van Minden.»



LA TABERNA

CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS



LA IDA AL TORNEO.—CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

conozca, y pueda distraerme del proyecto al par triste y agradable de este mi viaje: respecto del particular puedo estar completamente tranquilo. Los hechos confirmaron mis presunciones.

Nevaba: la campiña estaba totalmente tapizada de blanco: el tren poco menos que vacío: los escasos viajeros que en la estación de Kalmert se apearon tomaron asiento en los carruajes y se fueron: por lo que á mí hace, empecé solo y á pie el camino de la ciudad, y pasados cinco minutos, presa de una intensa curiosidad y dominado por una impaciencia que tenía no poco de penosa, me encontré en la desembocadura de la calle Mayor.

Me detuve, y miré delante y en derredor poseído de grandísima admiración.

Reconocía la calle y los edificios; pero lo mismo éstos que aquélla me parecían absolutamente cambiados: la calle más estrecha; las casas empujadas; las paredes cual si hubiesen envejecido no de veinte, de cien años; todo oscuro, todo lúgubre, todo macilento; me parecía hallarme en una ciudad víctima de terrible azote, en la cual hasta los mismos edificios se mostraban melancólicos y afligidos. Seguí adelante, reconociendo á cada paso que daba, aquí una esquina, allí una ventana, allá una puerta, más lejos una tienda, que suscitaban en mi mente mil dormidos recuerdos de los años de mi infancia, y pasados breves momentos encontréme en el centro de la ciudad, en medio de gran número de señoras y caballeros que, por ser domingo, terminada la misa de doce, salían del templo lo mismo que veinte años antes. Cinco minutos bastaron para que reconociera á más de cien personas. ¡Cuán cambiadas sin embargo! En los primeros instantes me parecía imposible que bastara tan breve espacio para producir tan profunda mudanza en todo un pueblo, y llegué á presumir que una causa para mí desconocida había auxiliado poderosamente la destructora mano del tiempo. Aquellos á quienes dejara con la cabeza negra, la tenían gris; los que dejé con canas, la tenían blanca como la nieve; éstos andaban encorvados; aquéllos con menos firmeza en las piernas. El tiempo, pasando por encima de aquellas gentes como enemigo airado y caprichoso, había saltado un ojo á éste, arrancado á otro la abundante cabellera, derribado la dentadura á aquél, chupado al de más allá los carrillos antes carnosos y mofletudos. Compañeros de escuela, flacuchos antes y delgados como un junco, encontrábalos ahora rechonchos y gordiflones, hasta el punto de que no los habría reconocido, á no ser por la expresión de su rostro: chiquillas que viera ir á la escuela con la merienda en la cesta, ligeras y juguetonas como mariposas, estaban convertidas en mujeres juiciosas y respetables, rodeadas de tiernas criaturillas: señoras que había dejado rebosando frescura y juventud, estaban envejecidas, arrugadas, encorvadas, y ocultaban el rostro bajo un velo negro y espeso: familias numerosas, reducidas á tres ó cuatro individuos: caras que se habían borrado completamente de mi memoria; fantasmas de antiguos maestros de primeras letras, que creía muertos hacía muchos años; jovenzuelos que ví en brazos de las niñas, trocados en tenorios junto á las puertas de los cafés; una numerosa chiquillería para mí del todo desconocida; una infinidad de parejas matrimoniales que jamás habría previsto ni siquiera imaginado; una muchedumbre de personas que habían crecido, empujados, adelgazado, enflaquecido, engordado, desmerecido, hermozeado, embellecido, y que, sin embargo la semejanza de los cambios en daño ó en provecho, parecían todas tristes y mal humoradas, y despertaban en mi pecho un sentimiento

intenso de lástima y compasión viéndolas desfilar pareja á pareja y familia por familia á lo largo de aquellas callejuelas tortuosas y oscuras, y desaparecer luego una en pos de otra en el interior de los estrechos portales de aquellas casas diminutas. Al cabo de algunos minutos me hallaba completamente solo.

Atravesé varias calles, constituidas por casucas que nada tenían de alegre, y al cabo llegué á *aquella*, y ví *aquella* casa.

Intensa fué la emoción que su vista me produjo; pero logré vencerla y dominarme con poco esfuerzo.

Busqué con la mirada las puertas de las casas del huevero, de la lechera, de la frutera, del tabernero: todas se hallaban cerradas ó entornadas: la calle desierta: la nieve sin la huella de una sola pisada.

Acerquéme á la puerta del zaguán de mi casa: asoméme á la portezuela: nadie.

Entré: la puerta de la casilla del portero estaba cerrada: seguí adelante muy despacio á lo largo de un emparrado que se extendía hasta el pie de la escalera.

Hasta aquel instante sólo sentí leves latidos en el corazón; pero en cuanto me hallé delante del vestíbulo de mi casa, en aquel reducido espacio en que estaban reunidos los más íntimos y más intensos de mis recuerdos; cuando distinguí la puerta del despacho de mi padre; aquella escalera; aquella azotea; aquellas ventanas que adornaban los sarmientos de la parra,—todo cual lo dejara yo en otro tiempo,—sentí que el corazón se me oprimía á impulso de una emoción violenta, y sin que pudiera evitarlo se me llenaron los ojos de lágrimas.

Miré hacia las ventanas: no ví persona alguna. Volví la cabeza en dirección á la casilla del portero: nadie. Todas las puertas cerradas; todo cubierto de nieve, y seguía nevando á más y mejor.

¡Cómo me saltaba el corazón! ¡Cuánta gente en medio de aquella soledad! Los antiguos médicos de la familia atravesaban el zaguán; las criadas descendían por la escalera con la esportilla colgada del brazo; mis compañeros de infancia retozaban en el vestíbulo; el conferenciante de latín con su holgada levita negra, como sus anchos pantalones, aparecía inesperadamente por el extremo del emparrado; mi padre salía del despacho, guardando los espejuelos en el estuche; mi madre desde la ventana me hacía señas para que me guardara de los rayos del sol de medio día; mi hermana cuidaba las flores del jardín; mi hermano leía en alta voz en su habitación; la gata vieja trepaba ligera á lo alto de la parra; mis pajarillos gorjeaban alegres, encerrados en lindas jaulas: todo se movía; todo hablaba; todo me miraba; y yo permanecía allí, bajo el influjo de aquellas mil miradas; bajo la presión de aquellas voces distintas, dominado por un inexplicable sentimiento de ternura, de melancolía, de estupor, sin saber resolverme entre marcharme ó permanecer en aquel lugar.

Un copo de nieve que desde la cima de un árbol vino á caer á mis pies, desvaneció aquellos fantasmas, volviéndome al mundo de la realidad. Entonces empecé á contemplar aquellos sitios con verdadero detenimiento y atención. ¡Qué pequeño lo veía todo! Aquella casa que siempre me había parecido un vasto edificio, no era más que una casuca de villorrio: el emparrado, que juzgara elevadísimo, era tal que casi alcanzaba á él con el sombrero: la pared de cerca de la huerta, que nunca creí que pudiera saltarse, la habría pasado sin más esfuerzo que levantar la pierna: me parecía haberme convertido en un gigante; que mi persona constituía un obstáculo, un es-

torbo, y sin saber por qué lo sentía en el alma. Casi me daba pena el considerar que había crecido tanto. Antojábase que cuantos objetos me rodeaban habían de decir: —¿Quién es este hombrón? No le conocemos.—Ciertos leños y ciertos fondos del jardín y del zaguán se habían aproximado; las paredes de cerca estaban menos apartadas: no sabía explicarme el porqué de haber contemplado durante tantos años, en aquel espacio por demás angosto y reducido, encantadoras imágenes de llanuras, de valles, de caminos interminables, y experimentado las gratas emociones de afortunado viajero, recorriendo en los días lluviosos los sitios comprendidos entre el extremo del zaguán y el opuesto extremo del jardín.

Empujé la verja de éste: estaba abierta: entré. La nieve tapizaba todos los andenes, los setos de mirto, los aciratos de flores, los canalizos de riego; y sin embargo, todo lo reconocí á la primera ojeada. Vi de nuevo la ventanita del despacho de mi padre, á la cual se había asomado, hacía veintitrés años, una mañanita del mes de Abril, diciéndome con voz clara y animosa: —Guillermo, en este momento cumpla los setenta y cuatro.—Vi de nuevo el cenador de jazmines debajo del cual me había preparado para mi primera comunión, y en cuyo interior permanecí largas horas, inmóvil y pensativo, cierto día en que, volviendo de la escuela, había visto por vez primera un cadáver. Vi de nuevo el menguado cañaveral que durante algunos años me proveyó de lanzas y espadas para el pequeño ejército de chicuelos desarrapados que peleaba bajo mis órdenes con los *bandidos* de la parroquia de San Ambrosio.

Traducción de
C. VIDAL DE VALENCIANO.

(Concluirá).

NUESTROS GRABADOS

¡No te asustes!

CUADRO DE FEDERICO MORGAN

El pintor inglés Federico Morgan expuso en una de las últimas exhibiciones de bellas artes verificadas en Londres, el lindo y tierno cuadro que publicamos en este número. Una madre se entra en el agua para bañar á su hijito, y como éste siente miedo, le dice *¡No te asustes!* para animarle y tranquilizarle. Tienen los ingleses particular predilección por los asuntos en los que la familia sale embellecida y ennoblecida. La madre que aguantaba en brazos el niño revela una delicada ternura, que hace en extremo interesante el cuadro. Es la madre de familia que, cuando tiene enfermo á algún hijo, sorbe la pócima que le ha recetado el médico, para que el chiquitín lo haga á su vez y recobre la salud, con el auxilio de la Providencia. Federico Morgan dibuja con gran firmeza, conforme lo acreditan las figuras, y pinta con pastosidad en el modelado, según lo dice también la reproducción que damos y que se ha sacado directamente del lienzo.

Salvador Martínez Cubells

RETRATO POR DON FEDERICO DE MADRAZO

De un retrato del incomparable maestro don Federico de Madrazo hemos sacado el que reproducimos en este número. Los retratos de don Federico, como le llaman en España por antonomasia todos cuantos se ocupan en cosas de arte, son maravillas de verdad y de aspecto aristocrático. El parecido es exacto, y así ocurre con el de Martínez Cubells, mas no el parecido que podríamos llamar vulgar y ordinario que saca la máquina fotográfica, sino aquel que revela á la vez el alma de la persona retratada, ó su bondad de corazón, ó su inteligencia penetrante, ó su porte y costumbres aristocráticas. Estos son los retratos que conservan siempre interés y que no se convierten en caricaturas con el transcurso de los años. La bolgura de la pincelada, la sobriedad en poner el color, acrecienta en los retratos de don Federico Madrazo los méritos superiores en la interpretación del natural á que nos hemos referido, todo lo cual ha valido á su autor el puesto elevadísimo, el primer puesto que hoy

ocupa entre los artistas españoles de esta centuria. Con gusto, pues, hemos reproducido este retrato, que figurará sin duda entre los mejores que han salido de su paleta.

La taberna

CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

Los hombres que en la taberna pintada por Martínez Cubells beben y brindan, traen á la memoria, con sus historiados trajes, aquellos tercios de Flandes que tan famosos se hicieron en España y fuera de ella. Aire flamenco tienen los vestidos de aquellas gentes, que parecen serlo de guerra, por lo que van armados. A Baco por un lado y al Amor por otro rinden culto, ya que así lo demuestran sus actitudes y la expresión de sus rostros al dirigirse á la hermosa muchacha que hace oficios de tabernera. Bien merece los chicoleos que de fijo le enderezan los parroquianos, según el ánimo del autor del lienzo, porque, aparte de ser bella, preséntase compuesta y engalanada, como no suelen hacerlo en tanto grado las de su clase. Con ser muy agradable la impresión que en conjunto produce este lienzo, auméntase el agrado con los méritos de desempeño que en él se advierten examinándolo en detalle. Todas las figuras están estudiadas con grande inteligencia y tratadas con perfecto conocimiento del dibujo, sobresaliendo en particular la del bebedor, puesto casi de frente, y la de la tabernera, en la cual hemos celebrado ya la elegancia, que asimismo aparece en toda la pintura. Martínez Cubells, artista de gusto cultivado, como lo dice en otro lugar su biógrafo, tan diestro en juzgar las obras de la pluma como las del pincel, no puede dejar de imprimir á todos los asuntos que desarrolla la distinción que es siempre compañera inseparable de las creaciones propiamente artísticas.

La ida al torneo

CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

Presenta en esta obra el distinguido artista que la ha pintado una de las escenas más pintorescas que pueden procurar los anales de los siglos XIV y XV, tan abonados, digan lo que quieran en contra los modernos naturalistas, para inspirar á poetas y pintores. Armado de todas armas va ya el caballero que dentro de breves momentos entrará en la liza para alcanzar el galardón por mano de la dama de sus pensamientos, ante un concurso de nobles y pueblo, acaso hallándose presentes los mismos reyes; que le seguirá ansioso, espiando todos los movimientos de su brazo y de su caballo hasta proclamarle vencedor en el torneo. ¡Qué hermoso espectáculo! Hermoso bajo el concepto de su riqueza de líneas y de colores, por lo airoso de las vestimentas, lo magnífico de las armas, lo esplendoroso de todos los detalles, entre los que sobresalen los lujosos caparazones de los caballos. Hermoso igualmente por el espíritu que lo anima, que no es otro que el de levantar sobre el pavés á la mujer, para ennoblecerla y sublimarla, cual corresponde á la que ha de ser esposa y madre, espíritu que el Cristianismo trajo al mundo y que contribuyó á cambiar la faz de la sociedad humana. Este espíritu alienta en los poemas de la Edad Media y en los libros de caballería, y entre burlas y veras forma el alma de la creación más donosa entre todas las de la inteligencia humana, de aquel libro inmortal que se titula *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ante el cuadro de Martínez Cubells hubiera también fantaseado el hidalgo manchego, porque habría visto en el caballero, en los pajes y escuderos que le rodean, en las armas dispuestas para el torneo, y en la misma escenografía un cuadro cabal de la vida de los antiguos caballeros. Los elegantes y animados grupos que forman este interesante cuadro, se proyectan sobre un fondo lindísimo que tomó el artista de la Audiencia de Barcelona, precioso ejemplar del arte ojival, sobrio como todos los edificios de igual época en la corona de Aragón, gallardo en sus líneas, severo y menos estudiado quizás de lo que debería serlo por los arquitectos y por toda clase de artistas.

La pregunta de la niña

—Madre mía, yo soy niña,
no se enfade no me riña,
si fiada en su prudencia
desahogo mi conciencia
y contarle solicito
mi desdicha ó mi delito,
aunque llena de rubor.

Pues Blasillo el otro día,
cuando mismo anochechía,
y cantando descuidada
conducía mi manada,

en el bosque, por acaso,
 me salió solito al paso,
 más hermoso que el amor.

Se me acerca temeroso,
 me saluda cariñoso,
 me repite que soy linda,
 que no hay pecho que no rinda,
 que si río, que si lloro,
 á los hombres enamoro,
 y que mato con mirar.

Con estilo cortesano
 se apodera de mi mano,
 y entre dientes, madre mía,
 no sé bien qué me pedía;
 yo entendí que era una rosa,
 pero él dijo que otra cosa,
 que yo no le quise dar.

¿Sabe usted lo qué decía,
 el taimado qué quería?
 Con vergüenza lo confieso;
 más no hay duda que era un beso;
 y fué tanto mi sonrojo,
 que, irritada de su arrojo,
 no sé cómo no morí.

Mas mi pecho enternecido
 de mirarle tan rendido,
 al principio resistiendo,
 él instando, yo cediendo,
 fué por fin tan importuno
 que en la boca, y sólo uno,
 que me diera permití.

Desde entonces, si le miro,
 yo no sé por qué suspiro,
 ni por qué si á Clori miro
 se me abrasa el rostro en ira,
 ni por qué, si con cuidado
 se me pone junto al lado,
 me estremezco de placer.

Siempre á orillas de la fuente
 busco rosas á mi frente,
 pienso en él y me sonrío,
 y entre mí le llamo mío:
 me entristezco de su ausencia,
 y deseo en su presencia
 la más bella parecer.

Confundida peno y dudo,
 y por eso á usted acudo.
 Dígame, querida madre,
 si sentía por mi padre
 este plácido tormento,
 esta dulce que yo siento
 deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
 ó mi amor ó mi locura,
 y si puede por un beso,
 sin que pase á más exceso,
 una niña enamorarse
 y que trate de casarse
 á los quince de su edad.

DIONISIO SOLÍS (1).

(1) Dionisio Solís y Villanueva nació en Córdoba el año 1774 y murió casi olvidado en Madrid en 1834, después de haber merecido de sus apasionados el sobrenombre de *León moderno*. Estudió humanidades en Sevilla, se dedicó á la música para ganarse la subsistencia, y finalmente fué apuntador en el Teatro de la Ópera de Madrid. Distinguióse más por sus traducciones que por sus obras originales, y muy particularmente por sus refundiciones de comedias del teatro antiguo. Entre sus poesías líricas las hay muy delicadas, citándose entre las primeras la que ofrecemos á nuestros lectores.

SECCIÓN CIENTÍFICA

La lluvia

Inmensa, y por tanto incalculable, es la cantidad de agua existente en la tierra. Las fuentes que brotan de su seno; los arroyos que se forman de éstas; los ríos, reunión de fuentes y de arroyos, y la vasta extensión de los mares, que cubren las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo, con una profundidad variable, y en muchos lugares desconocida, ya que con sondas de más de 8,000 metros no se ha logrado alcanzar el fondo, encierran este líquido precioso, origen primero de la lluvia. Añádanse á esto las innumerables lagunas, sembradas en nuestro suelo, las nieves, la muchedumbre infinita de vegetales y de seres animados, en cuya organización entra el agua como elemento capital, y así podremos concebir una idea más ó menos vaga, pero exacta en cuanto á la cantidad de agua de nuestro planeta, en un momento cualquiera. Las mismas lluvias impregnan á la tierra y á los cuerpos no animados que la pueblan.

Esta masa inconmensurable de líquido sufre también la influencia del calor, que tantas maravillas produce, y es uno de los agentes más activos y fecundos de la naturaleza. El agua se halla sujeta, como todo lo creado, á la ley de la vida, esto es, á recibir modificaciones importantes de su estado para servir con ellas á la subsistencia de los demás seres, y á llenar fines excogitados por el Hacedor del universo.

El agua, pues, bajo la influencia del calor, y en virtud de su constitución íntima, que nos es desconocida, aun cuando sepamos los elementos de que se compone, pasa del estado líquido al gaseoso y desaparece elevándose de la tierra á los aires. Mientras conserva la forma líquida, su peso específico y las leyes de la gravedad la mantienen sobre la tierra; pero al pasar al estado gaseoso, merced á esa misma ley que rige en los gases como en los líquidos, circula por la atmósfera en estado de vapor y sube más ó menos en ella, según su peso. Se comprende desde luego que si nuestros sentidos pudiesen percibir el cúmulo de vapores que se levantan de la tierra, se nos presentarían como una inmensa humareda, mucho más sensibles en unos parajes que en otros. Nada vemos, sin embargo, de ordinario, aunque esos vapores se hagan perceptibles á veces en la primavera, cuando hay escarchas ó después de grandes lluvias, si el sol se muestra claro y deja el viento que esos vapores se reflejen en alguna superficie próxima á nosotros.

Esos vapores, ó gases acuosos, á medida que ascienden en la atmósfera, son arrastrados en distintas direcciones por los vientos, y cuando se amontonan y la frialdad los condensa se hacen visibles para nosotros en forma de nubes. Estas son á veces tan pesadas, que sólo distan de la superficie de la tierra doscientos ó trescientos metros, elevándose otras á grande altura, puesto que algunos aeronautas, á la distancia de más de cinco mil metros de la tierra, han observado nubes tan elevadas, que, á pesar de hallarse tan lejos de la superficie de nuestro globo, la vista no advertía diferencia sensible en cuanto á su alejamiento, miradas desde la tierra ó desde el globo.

El aire absorbe tanta mayor cantidad de vapores acuosos cuanto es más grande su calor; pero cuando la temperatura baja, esos vapores se condensan, tornan á su estado

TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



19.—Lo de la quijada es lo de menos. Lo que le duele al desdichado Miguel Ansias es lo otro... ¡Otro día perdido!



20.—«¡Y la Exposición se va acercando á pasos agigantados!...» Paciencia, y vuelta á enderezar entuertos.



21.—Al día siguiente hubiera quedado la obra quizas terminada, á no soplar un viento tan recio que obliga al artista á abandonar el trabajo.



22.—Y esta vez lo echó redondo cuando al regresar al corral vió el cuadro en este ó parecido estado.



23.—«¡Qué le hemos de hacer! ¡Todo sea por el artel... Mañana volveremos á las andadas.»



24.—Y volvió, en efecto; pero con tanto calor que no reparó en un buey que comenzó á mirar con malos ojos aquel para él sospechoso armatoste.

(Continuará).

líquido anterior, y caen en gotas más ó menos voluminosas y más ó menos rápidas. Este fenómeno constituye lo que llamamos lluvia, palabra derivada de la latina *pluvia*, que significa lo mismo. Aunque las nubes preceden casi siempre á las lluvias, puede llover sin haber nubes, por la condensación repentina de los vapores acuosos invisibles, que llenan la atmósfera, y, aunque en casos raros, se han visto ejemplos de esta clase en Argelia y otros puntos.

Tampoco caen las gotas de agua que forman la lluvia con la misma igualdad en todas partes. En los países fríos las gotas son pequeñas y poco rápidas, aumentando en volumen y en rapidez á medida que nos acercamos á los países ecuatoriales. El agua cae en estos parajes á modo de torrentes impetuosos, formando por su tamaño y continuación verdaderos chorros, que inundan el suelo en breves instantes y en cantidad prodigiosa. Puede llover en verano ó en invierno, con calor ó con frío, si bien sabemos todos que los aguaceros del verano, hasta entre nosotros, son por lo general mucho más copiosos. La razón del hecho de llover con más fuerza en verano que en invierno, y en los países cálidos más que en los fríos, se explica, como hemos dicho antes, porque el aire absorbe tanta más humedad cuanto es más cálido, bastando la temperatura baja en unos grados para que esos vapores se precipiten en forma de lluvia torrencial sobre la tierra. Las ascensiones aerostáticas que se han hecho en nuestra época han demostrado que á veces llueve á cierta distancia de la tierra, y el agua de esa lluvia no llega á caer en ella, por tropezar en su trayecto con capas de aire cálido, que la evaporan de nuevo. No en todas partes llueve lo mismo, y en algunas este fenómeno de la lluvia es desconocido. En el Egipto, por ejemplo, no llueve ó llueve muy poco, y en el Perú sucede lo mismo, porque los vientos reinantes en este país soplan comunmente del Sudeste, pierden parte de su humedad al atravesar la América Meridional, y acaban de secarse al llegar á las montañas más frías de la cordillera de los Andes, en donde los vapores acuosos que quedan se transforman en lluvia ó en nieve. En las regiones en donde abundan los bosques son las lluvias más frecuentes, así como en las surcadas por ríos numerosos ó llenas de estanques ó de lagos, porque en estos parajes la evaporación es mucho más activa. Al contrario, en los lugares alejados de las costas y en los desiertos desprovistos de vegetación, la lluvia es nula ó rarísima.

La cantidad de agua que cae en una región se mide por medio de un instrumento, llamado *pluviómetro*, que consiste en un embudo, que recibe el agua de la lluvia y que se pone en comunicación con un depósito. Este instrumento, de diversas formas y más ó menos perfeccionado, indica por medio del cálculo la cantidad de agua producida por la lluvia, una vez conocida la superficie de la boca ancha del embudo y la cantidad de agua recogida en el depósito. Se hace una proporción entre la superficie del embudo y la de la región, que ha de conocerse por necesidad, formando los dos términos primeros, y la cantidad de agua recogida en el depósito el tercero, y deduciéndose luego por las reglas ordinarias la cantidad de agua que ha debido caer en esa región. Este cálculo, sin embargo, no puede ser nunca más que aproximado, porque para que fuese exacto sería preciso conocer también la extensión que abarca la lluvia y la intensidad de la misma; dos cantidades, á la verdad, que pueden ser muy variables. Con arreglo, pues, á estos cálculos, más ó menos exactos, hechos en distintos parajes, se ha averi-

guado que en Australia la cantidad anual de lluvia que cae es tan pequeña, que no llega á 40 centímetros, al paso que en otros países, como, por ejemplo, en algunos valles del Asia central, el agua llega en un solo día á la altura de 37 centímetros; la altura media del agua caída anualmente se eleva á 17 metros, esto es, treinta y tantas veces más que en la zona templada de Europa, en donde está nuestra España. En invierno, entre nosotros, y en primavera es cuando cae mayor cantidad de agua, variando mucho, según las distintas localidades, puesto que es sabido que en las regiones de la costa cantábrica llueve casi todo el año, y en la costa oriental de España sucede lo contrario. En todas partes la escasez de lluvia ha aumentado á medida que han desaparecido los bosques, observándose así en la América, en Australia, en España y en las distintas islas sembradas por los mares. Las ciudades situadas en valles, entre colinas y el mar, son las que reciben mayor cantidad de aguas por las lluvias.

España es, en lo general, un país seco y árido, aunque otra cosa se haya dicho en contrario, como lo confiesa el mismo Mariana en el primer capítulo de su Historia. Nuestra nación, sin embargo, es esencialmente agrícola, y la lluvia es, por consiguiente, el beneficio que más frecuentemente pide al cielo el labrador español. Nuestras cosechas se pierden, en lo general, por falta de agua, y poquitas veces por exceso de ella. Nuestros ríos son cortos, poco caudalosos y torrenciales por lo común. Los árabes construyeron algunos canales de riego en las provincias meridionales y orientales de España, pero después harto se ha hecho conservándolos, sin añadir á esas obras ninguna otra que las iguale en utilidad é importancia. Gran parte del agua que cae en forma de lluvia ó que corre entre nosotros se pierde completamente en la mar sin aprovecharla el hombre en lo más mínimo. Este clamor constante de los labradores y esta necesidad tan sentida entre nosotros, no ha sugerido, sin embargo, á ningún gobierno ni hombre político la idea de remediar ese daño. No obstante, cuanto se predique sobre nuestra agricultura es inútil si falta el agua.

E. DE MIER.

Recreos instructivos

IV

—¿Quieres decirme para qué has mandado traer de la ciudad tanto papel de seda?

—Adivínalo.

—¿Será para envolver sombreros? ¿no? pues para guardar frutas... ¿tampoco? entonces, ¿para qué? no alcanzo á comprender tu objeto.

—Voy á formar una *fauna japonesa aérea*.

—¿Qué te enredas ahí? ¿es un nuevo cuento de *abracadabra* como el que nos referiste ayer?

—No, Clarita; *fauna* es el conjunto de animales de una región; y si es aérea ya supondrás que se trata de reproducir animales para que floten en el aire.

—Me gustará saber qué clase de animales te propones hacer flotar.

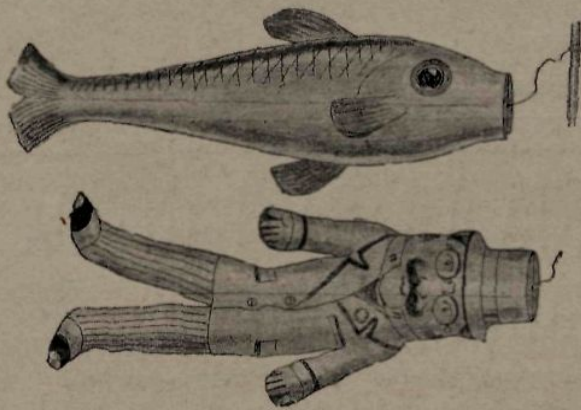
—Muchos podría copiar, pero me contentaré con dos por ahora; un pescado y el primo.

—¡El primo! ¡tratarle de animal! ¡qué locura se te ocurre!

—Como no es planta ni piedra, animal ha de ser.

—Creo que en esto tienes bastante razón.

—Ya ves; pues voy á juntar muchos pliegos de papel fuerte y ligero, como el que llamamos de *seda* y tiene cola suficiente para rechazar la humedad: más propiamente se le llama papel de *tela de cebolla*, y sirve para escribir cartas voluminosas y ligeras para que no resulte caro el porte. Juntadas dos largas tiras por medio de la goma arábica, para lo cual basta humedecer un borde, pegando el otro seco encima, procurando que la juntura sea lo más estrecha posible, tendremos dos tiras en que, colocadas ya una encima de otra, se dibujará el perfil de un pescado, un dragón ó el primo, ó lo que se quiera, siempre que tenga formas sencillas; luego se corta el perfil señalado un poco más ancho, siguiendo con la tijera á la vez las dos tiras; después se pegan los dos patrones por todo el contorno, excepto en la boca del pez, que ha de quedar abierta y circular, para que entre el aire; á esta boca se aplica un borde de alambre cocido,



bien delgado, de los que llaman *patas de araña*, reforzándolo con una banda del mismo papel; se coloca otro alambre formando diámetro, fijándole en la circunferencia por medio de dos ó tres vueltas, cubiertas con otro papel engomado; en el centro de la circunferencia se ata un bramante de unos 20 centímetros de longitud y éste se fija en una caña alta sujeta á la balastrada, procurando que la boca del pez esté expuesta contra la dirección del viento: á cada ráfaga que sopla, se introduce el aire por la boca del pez, éste se hincha tomando posiciones inverosímiles y parece que está vivo y coleando, además de que con el frote y los sacudimientos produce un ruido particular. Para aumentar la ilusión se pinta el pescado, ya bien seco y fijo, y se le ponen unos enormes ojos, agallas, escamas, etc., todo lo que se quiera: los chinos y japoneses gustan mucho de este género de diversión, y en ciertas fiestas populares de aquellos países se ven por los aires los animales más fantásticos y de proporciones más colosales, hechos de tafetán y de caoutchuc: cuando sopla el viento vas á ver cómo se retuercen y se estremecen estos peces cual si estuvieran vivos, y los chicos de tres leguas á la redonda van á venir á extasiarse ante tal extraño espectáculo.

—Pero el primo... Sofía.

—Por hoy perdonaremos al primo; pero á la primera tontería que haga, le ponemos en efígie á tomar el fresco.

—Entonces tiemblo por él, porque antes de concluir el primer pez ya habrá merecido el castigo.

—Deja que nos ayude, y así no es tan fácil que cometa tonterías.

—Es inútil: va á encontrar la goma pegajosa... ¡él que es tan gomoso! y el trabajo pesado... tratándose de

papel de seda... y quizá le ponga de mal humor el saber que se llama á ese papel de *tela de cebolla*... es capaz de olerlo para cerciorarse bien.

—Chica, creo que haces al cuervo más negro que sus alas; pero en fin, ya veremos si hoy danza ó no por los aires.

JULIÁN.

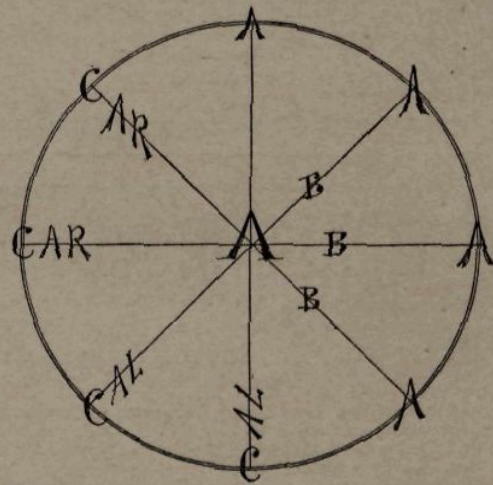
Solución á la adivinanza anterior:

PLUMA

Solución á la charada:

GO-LA

ACERTIJO



Poner las letras que faltan en los radios hasta obtener cuatro sustantivos, compuestos cada uno de ocho letras.

CHARADA

Tres cuatro quisiera ser
toda mujer.

A la dos cuatro no iría
por manía.

Uno tres cuatro es un puerto
muy abierto.

Y forma parte, á su modo
de mi todo.

Tres una tan seductora...
y es traidora!

El negro en frágil piragua
surca el agua...

Solución muy grande y bella
¿quién es ella?

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.^ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

COMPAÑÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Obligaciones

Celebrado en el día de hoy el 4.º sorteo para la amortización de obligaciones de la Compañía, según se dispone en la escritura de emisión de las mismas ha correspondido la suerte á las 15 bolas números 32, 122, 643, 685, 865, 912, 965, 1260, 1261, 1301, 1447, 1541, 1712, 1741, 1816.

En su consecuencia quedan amortizadas las 150 obligaciones números 311 al 320, 1211 al 1220, 6421 al 6430, 6841 al 6850, 8641 al 8650, 9111 al 9120, 9641 al 9650, 12591 al 12600, 12601 al 12610, 13001 al 13010, 14461 al 14470, 15401 al 15410, 17111 al 17120, 17401 al 17410 y 18151 al 18160.

Con arreglo á lo que previene la referida escritura de emisión se hacen públicos los antecedentes datos para conocimiento de los interesados, que podrán percibir, desde el día 1.º de Julio próximo la cantidad de 500 pesetas por cada una de las obligaciones amortizadas.

Desde el mismo día se satisfará el importe del cupón n.º 4 de todas las obligaciones emitidas, tanto de las amortizadas en este sorteo como de las no amortizadas.

El pago del valor de la amortización y del cupón se verificará en el domicilio de la Sociedad, Rambla de Estudios n.º 1, bajo, en la sección de Contabilidad, desde las 9 hasta las 12 de la mañana, mediante la presentación de los títulos de las obligaciones á las que ha correspondido la amortización en este sorteo y del cupón n.º 4. Antes de proceder al cobro, se servirán suscribir los señores obligacionistas las facturas que se les facilitarán gratuitamente para este efecto en las mismas oficinas y verificado el pago de las obligaciones amortizadas y del cupón n.º 4 se procederá en el acto á su inutilización.

El pago, tanto de los cupones como del importe de las obligaciones amortizadas tendrá lugar durante los 20 primeros días del mes de Julio y transcurrido este plazo los lunes y jueves de cada semana á las horas indicadas.

Barcelona, 15 de Junio de 1892.

El Secretario general
Carlos García Faria.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)